

BURDEL SS – DANIEL ORTEGA

**DANIEL ORTEGA**

**BURDEL**



**AFRONTA EDITORIAL**

BURDEL SS – DANIEL ORTEGA

AFRONTA EDITORIAL • BÉLICA

EDITADO CON LA  
COLABORACIÓN DE



1ª Edición: diciembre de 2017

© DANIEL ORTEGA DEL POZO

E-mail: [info@danielortegaescritor.com](mailto:info@danielortegaescritor.com)

Web: [www.danielortegaescritor.com](http://www.danielortegaescritor.com)

© AFRONTA EDITORIAL

E-mail: [afronta.editorial@gmail.com](mailto:afronta.editorial@gmail.com)

Web: [www.afrontaeditorial.com](http://www.afrontaeditorial.com)

I.S.B.N.: 978-84-945906-4-1

Depósito legal: BU-313-2017

Maquetación y diseño: AFRONTA EDITORIAL

Fotografía: Herr Schriftsteller

Cubierta: Antonio Gil (Facebook: General McAllister)

(E-mail: [generalmcallister@hotmail.es](mailto:generalmcallister@hotmail.es))

Imprime: Safekat S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización escrita del editor.

1

## DESPOJOS DE GUERRA

Johannes era un tipo de mediana edad, originario de Baviera, tan falso como un Reichsmark de madera, demasiado chulo, grosero y engreído, que años atrás vitoreaba a Adolf Hitler en los pomposos discursos que su adorado *Führer* entonaba a los cuatro vientos en el Campo Zeppelin de la vistosa ciudad de Núremberg. En aquel entonces no dudaba en estirar el brazo bien alto presumiendo de su inquebrantable fidelidad al Partido Nazi; ahora tiritaba en el interior de una trinchera mientras maldecía la hora en la que, gustoso y lleno de euforia, se presentó voluntario en las filas de la Wehrmacht para conquistar toda Europa.

Estaba al borde de ensuciarse los pantalones a causa del miedo que le atenazaba. Trató de encogerse dentro del casco de acero, pero resultó en vano, materialmente imposible, la artillería rusa acechaba su posición por todas partes. Sentía escalofríos por el mero hecho de pensar que estaba metido de lleno en la guerra contra Rusia, contra su odiado Stalin y sus secuaces. El frente de Leningrado le había dado la bienvenida días atrás con un balazo en una de sus enormes orejas; mala suerte, el médico que le atendió calificó su caso como una incidencia de menor importancia. Acto seguido fue empaquetado de nuevo rumbo a las posiciones de primera línea.

Blasfemó tras recordar el infausto suceso y apretó de mala gana los correajes que abrazaban su empapado uniforme. Tocaba tomar al asalto una posición enemiga y no le resultaba agradable hacerlo sintiendo que su abrigo de paño, grisáceo como la muerte, cubierto de nieve, pesaba una tonelada. Aquel devastador invierno de 1941 golpeaba con furia el rostro del aterido soldado, quien a duras penas soportaba el gélido azote del viento en su rostro, ates-

tado de hielo en suspensión. Su silbido le resultaba siniestro, incluso le infundía aún más miedo que las incesantes explosiones que atronaban alrededor.

—¡Avancen! —bramó un imperturbable oficial tan fuerte que hizo retumbar la sección de trinchera donde Johannes execraba su miserable existencia.

Su superior dio la orden, no había vuelta atrás, había llegado la hora de tomar al asalto la última estación de tren en manos del Ejército Rojo en las inmediaciones; el último punto de origen para abastecer con garantías a la sitiada ciudad de Leningrado.

—¡Aplastemos ese nido de ratas! —aulló un suboficial.

—¡Hay que acabar con esos sucios comunistas! —añadió un cabo junto a Johannes.

—¡Avancen, no den cuartel a los *Ivanes!* —arengó el oficial con mirada asesina.

Sus ojos azules, inyectados en sangre, eran tan fríos como la nieve que pisaban sus lustrosas botas, recién pulidas con una gamuza repleta de betún; trabajo impecable a manos de su ordenanza.

Segundos después, un infierno se desató a lo largo y ancho del sector. Todas las compañías allí congregadas, con puntualidad escrupulosa, se lanzaron al ataque sin miramientos. Tras las últimas palabras escupidas a pleno pulmón por el superior de Johannes, un capitán prusiano de la vieja escuela, curtido en la guerra desde los primeros compases de la invasión de Polonia, la trinchera que ocupaba con sus compañeros quedó vacía.

—¡Adelante! —repetían una y otra vez los suboficiales diseminados a su alrededor.

Las balas enemigas comenzaron a silbar sobre la cabeza de Johannes. Arrugado dentro de su uniforme, avanzaba a duras penas, entorpecido por la gran cantidad de nieve que poblaba aquella porción de tierra dejada de la mano de Dios. Ojos entornados. Imposible mantenerlos abiertos completamente. Un viento cortante erosionaba su rostro, blanquecino, fiel reflejo de la tensión acumulada en un cuerpo doblegado por el pánico. Sus manos, temblorosas, evidenciaban que nunca se acostumbraría a sentir el aliento de la muerte en medio de un combate en toda regla.

—¡No se detengan! —exclamó su oficial.

—¡Vamos, no es para tanto! —gruñó un sargento.

—¡Muerte a los perros de Stalin! —se escuchó a lo lejos.

Peter, así se llamaba su superior, dio la orden que todos esperaban mientras avanzaban bajo el nutrido fuego de artillería y fusilería con el que el Ejército Rojo les obsequiaba a cada metro que se acercaban hacia la estación de tren.

—¡Fuego a discreción! —elevó la voz, estentórea, en repetidas ocasiones.

Varios Kar-98 alemanes retumbaron al unísono. Las MP-40 de los suboficiales no se quedaron atrás; se sumaron al estrépito rociando a diestro y siniestro con proyectiles de nueve milímetros. El bastión comunista, una modesta estación de ferrocarril, comenzó a recibir plomo por todas partes. Como si de un espectáculo pirotécnico se tratase, las ametralladoras alemanas MG-34 y las rusas dibujaron estelas amarillentas en el aire a base de balas trazadoras. Morterazos, cortesía de la Wehrmacht, se sumaron a la devastación. Descomunales géiseres de tierra mezclada con hielo y nieve desgarraron el suelo con furia desmedida.

Según la artillería de ambos ejércitos cruzaba furiosos pepinazos, la Luftwaffe\* lanzaba sus aviones en picado contra el último reducto ruso de importancia en aquel insignificante paraje azotado por el crudo invierno. Un puñado de intrépidos Junkers Ju 87, los temibles Stukas teutones, sembró el lugar con bombas de un cuarto de tonelada sin apenas encontrar resistencia sobre los cielos de Rusia. Varios aparatos de caza alemanes surcaban a la par el horizonte para desarrollar labores de escolta. Ningún aeroplano soviético debía importunar a sus camaradas.

Johannes presenció la escena sin pestañear. Pese al intenso frío que sentía en sus huesos, la sangre comenzó a hervirle en las venas efecto de la adrenalina. Jadeando cual perro, prosiguió el avance con el dedo pegado al gatillo de su inseparable Kar-98, un preciso rifle de cerrojo, hartado pesado para sus manos, raquílicas, como su complexión, encumbrada por un pelo castaño, hirsuto, aprisionado bajo un casco galvanizado a base de escarcha.

—¡No se detengan! —insistió su superior.

Apenas quedaban doscientos metros para alcanzar el entramado ferroviario. La estación de tren allí aguardaba, repleta de sol-

\*Fuerza aérea alemana.

dados rusos guarecidos en sus entrañas. Dispuestos a vender caro su pellejo, todos ellos apretaban los dientes y juraban al hacer uso de sus armas. Una avalancha de uniformes grises, algunos burdamente tapados con sábanas blancas para mimetizarse con la extensa capa de nieve que poblaba el paisaje, lograron recorrer a tropicónes los últimos metros antes de presentarse ante sus narices. Maldiciones, blasfemias y amenazas retumbaron entre la masa de soldados alemanes que se abalanzaba sobre la estación.

—¡Deprisa! ¡A por ellos, son un hatajo de piojosos y muertos de hambre! —arengó a voces el curtido oficial prusiano al contemplar como las ventanas de la estación vomitaban fuego.

—¡Ya han escuchado, adelante! —se sumó un sargento que rezumaba un humor de perros capaz de amilanar a Satanás.

Johannes, al borde de la extenuación, arrastró sus pies a duras penas. Conformó pequeños surcos entre la nevada que casi le llegaba hasta las rodillas. Aquel espectáculo dantesco consiguió hacerle flirtear con la demencia. Disparos y lamentos agónicos retumbaban en sus oídos sin cesar. Un mar de muertos y heridos decoraba el lienzo invernal de un modo macabro, salpicado por nieve teñida de un rojo brillante. Tal imagen, plagada de humo y aullidos infrahumanos, lograba revolver el estómago incluso a los propios cuervos que, apostados en la lejanía sobre árboles calcinados, vaticinaban histéricos un copioso banquete.

—¡Bastardos comunistas! —exclamó tras insertar un peine con cinco cartuchos en la recámara de su Kar-98.

—¡Así se habla, mentecato! —se mofó un cabo, que avanzaba a su lado, cuyas risotadas lograron eclipsar el estruendo de las cercanas explosiones.

Apenas cincuenta metros separaban a la compañía de Johannes de la fachada de la estación, acribillada por el plomo germano de arriba abajo. Victoriosos, los Stukas dejaron atrás el sector. Realizaron vistosas maniobras en el aire para celebrar la hazaña. Misión cumplida, ahora llegaba el turno de la sufrida infantería. La marea de uniformes grises alcanzó las proximidades de la fortaleza rusa según vitoreaban la labor de sus camaradas de la Luftwaffe.

Agolpados tras un pequeño terraplén junto al que discurría el entramado ferroviario, Johannes y los demás supervivientes de su

unidad aguantaron estoicamente una lluvia de balas y granadas de mano. Minutos después, los últimos rezagados se concentraban junto al oficial.

—¡Caballeros, ha llegado la hora del combate cuerpo a cuerpo! ¡Sin cuartel! —bramó pletórico el capitán nada más recargar su arma, cuyo cañón, humeante, amenazaba con repartir plomo.

—¡Adelante! —gruñó un extenuado teniente tras contemplar como el oficial prusiano se arrojaba de forma temeraria sobre las vías con su rugiente MP-40 apoyado en la cadera.

Sin rechistar, como tantos otros allí congregados para echar a patadas a los rusos de la estación, Johannes se puso en pie torpemente sintiendo como los proyectiles enemigos rozaban su uniforme. Pensó en recular y volver al punto de partida, unos metros atrás, donde segundos antes casi se orinó en los pantalones al ver morir ante sus ojos a varios camaradas menos afortunados que él. No tardó en despejar sus dudas, hasta allí había llegado para luchar por Alemania y su *Führer*, al menos eso pensaba meses atrás, no para terminar sus días de miseria ajusticiado en una cuneta, de forma sumaria, por mostrar cobardía ante el enemigo.

Prosiguió el avance. Clavó su mirada en la entrada principal de la estación, allí donde varios nidos de ametralladoras disparaban sin cesar ingentes cantidades de munición. Poco después, vio caer de bruces a varios compañeros entre aullidos y lamentos con los uniformes horadados, teñidos de rojo, salpicados por la tragedia. Su oficial seguía ladrando órdenes, fuera de sí, con el índice soldado al gatillo de su metralleta. Decidió situarse detrás de él para recorrer los últimos metros que le separaban del bastión comunista.

Fatal decisión la de Johannes. Un francotirador ruso, apostado en el tejado, apretó el gatillo de su Mosin Nagant en el momento equivocado, justo en el preciso instante en que Peter se difuminó en su mira telescópica para dar paso a su subordinado. Johannes, con rostro desencajado, cayó de rodillas en el umbral de la puerta principal de la estación. Un fino hilo de sangre comenzó a manar por su sien derecha. Discurrió veloz por la mejilla para encontrarse en su pronunciado mentón con otro reguero rojizo, más profuso que el anterior, cuyo espeso caudal descendía desde el lado opuesto de su cara.

Inerte, con mirada vacía y el cráneo atravesado de parte a parte por un balazo, su cuerpo fue empujado a un lado con violencia; el resto de la compañía necesitaba abrirse paso a toda prisa hacia el interior de la fortaleza enemiga aquel glacial día de Noviembre.

*Tres días después*

Azotados por la furiosa cellisca rusa, un reducido grupo de soldados alemanes buscaba objetos de valor entre una pila de cadáveres amontonados no muy lejos de la estación de tren recientemente arrebatada al Ejército Rojo. Sobre el manto de nieve, cual buitres, aquellos hombres se disputaban los restos del maloliente montón de carroña humana.

—¿Crees que será de mi talla? —preguntó *el Boticario*, un menudo buscavidas, cleptómano insaciable, caído en desgracia por intentar jugársela a la Wehrmacht en repetidas ocasiones.

—Podría ser, ese pobre diablo parece que tiene tu percha, es decir, otro canijo más al que le han permitido hacer la guerra —se mofó *el Matarife*, su inseparable compañero de fechorías.

—Cierra la boca y ayúdame, este bastardo está más tieso que la mojama —dijo en voz baja.

—Callaos de una vez, par de idiotas. Siempre andáis llamando la atención —les reprendió Krueger, alias *Patíbulo*, un modélico teutón devoto seguidor del Partido Nazi; antiguo brigada degradado por una metedura de pata imperdonable, ordenó fusilar a quien no debía, sus días de gloria en el Ejército se difuminaron meses atrás entre los muros de la prisión militar de Torgau.

—Déjanos en paz, imbécil, ¿por qué metes la narizota donde no te llaman? —se revolvió *el Matarife*, mostrándole sus gigantescos puños de forma amenazante mientras le recorría de arriba abajo con una expresión homicida esbozada en el rostro.

—Haced lo que os venga en gana, yo no quiero vérmelas con Streicher por vuestra culpa —se arrugó *Patíbulo*.



—Lárgate, aguafiestas —le plantó cara *el Boticario*.

—Tú y yo ajustaremos cuentas un día de estos —rabió justo antes de marcharse.

—Lo que tú digas, pero déjame en paz, necesito un maldito abrigo, aquí hace un frío que pela —rezongó.

*Patíbulo* apretó los dientes con furia, superado por la situación.

—Mira, este desgraciado aún lleva su chapa de identificación encima. Te aseguro que después de la guerra cualquier metal valdrá su peso en oro —se relamió *el Boticario* tras comprobar de reojo como *Patíbulo* se alejaba encolerizado.

Sus manos se deslizaron con maestría para retirar la placa metálica perteneciente al difunto, un fino trozo de metal troquelado en la parte central, anudado con un cordel alrededor del cuello, donde figuraban todos sus datos identificativos. Sin dudarle, *el Boticario* efectuó una leve presión en la línea horizontal de la chapa. Ambas partes se separaron con facilidad. Una de ellas acompañará al muerto durante toda la eternidad, la otra irá a parar al registro de bajas de la Wehrmacht.

—¡Mira cuántas! ¡Hoy reventarán mis bolsillos! —aseguró.

—Trae aquí, no seas animal. Ya sabes que me agrada la idea de saquear cadáveres, nuestros o de los *Ivanos*, cuantos más mejor, pero las chapas hay que dárselas a Streicher. Recuérdalo, enano, él es quien se encarga del papeleo con el jefazo de la compañía de enterradores —gruñó *el Matarife*, un hercúleo soldado, carnicero de profesión antes de la guerra, con afición desmedida por las peleas y trifulcas tabernarias, cuyo permanente mal humor resulta palpable a varios kilómetros a la redonda.

—Está bien, cabezota, pero llegará el día en que lo lamentarás. Piensa que cuanto más metamos en los bolsillos hoy, más beneficios nos quedarán para nuestra merecida jubilación —sonrió, cínico, tras arrebatarse de un tirón la chapa metálica grabada con los datos de un soldado muerto que yacía a sus pies; uno más agolpado en un burdo montón cerca de una estación de trenes en la humeante ciudad de Tikhvin, ubicada no muy lejos de Leningrado, uno de tantos lugares arrasados en la inmensidad de Rusia.

—¿Quién era este tío? Le han apañado la cabeza —preguntó en voz alta el gigante.

—¿Es que no sabes leer? —dijo *el Boticario* poniéndole la chapa en las mismas narices de su camarada—. Johannes no sé qué... Apenas se aprecia bien el apellido, está llena de mugre.

—Vale, trae aquí, se la daré a Streicher junto al resto de la colecta de hoy —indicó justo antes de introducir el siniestro botín en un bolsillo de su guerrera—. Date prisa si quieres hacerte con el abrigo de ese fulano, terminará por soltar un buen pestazo, ya das bastante asco normalmente con el aroma que desprendes.

—Vamos, ayúdame, lo llevaremos cerca de aquella hoguera para que el abrigo se ablande un poco, no quisiera romperle un brazo y echar a perder la prenda. Hay quien mataría por uno en estas condiciones —sentenció.

Ambos transportaron el cuerpo inerte y lo depositaron al lado de un bidón metálico repleto de fragmentos de madera que, pese al vendaval, ardían sin interrupción. Alguien se había asegurado de verter una buena cantidad de combustible en su interior para que la improvisada estufa cumpliera holgadamente con su cometido.

Junto al mismo, una pareja de ateridos soldados se frotaban las manos con la intención de captar algo de calor con sus manos. Labor casi imposible, el invierno ruso jamás perdona. Aquella nevada incesante no tenía visos de parar.

—Vosotros dos, largo de aquí —amenazó *el Matarife*.

—Ya habéis escuchado al animal —añadió *el Boticario*.

—¿Quién mierda sois vosotros dos? —preguntó uno de los sorprendidos soldados.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis con eseapestoso fiambre? —se sumó su compañero.

—El que va a oler a muerto vas a ser tú como no desaparezcas de mi vista ahora mismo —*el Matarife* afrentó con la mirada a sus interlocutores.

—¿Estáis sordos o qué coño os pasa? ¡Fuera de aquí, deprisa, par de idiotas! —añadió el pequeño cleptómano tras sacar una reluciente bayoneta escondida en su bota derecha.

Amilanados, los soldados intercambiaron una mirada que habló por sí sola. Resolvieron, en silencio, que era preferible ahuecar el ala antes que buscarse un problema con semejantes elementos cuyo aspecto amedrentaba al más osado.

*El Boticario* y *el Matarife* arrojaron el cadáver junto al contenedor que hacía las veces de estufa. Se escuchó un sonido hueco al estamparse contra la gruesa capa de nieve y hielo que cubría el terreno alrededor del bidón ennegrecido.

Para lograr intimidar aún más a los allí presentes, el forzado se remangó la guerrera y dejó entrever unos antebrazos pétreos, repletos de vello y tatuajes carcelarios. Un argumento sólido capaz de convencer a quien por allí merodeaba, ya que la temperatura en aquel lugar flirteaba con los diez grados bajo cero. Nada que supusiera un problema para Pfeiffer, *el Matarife*, criado en Hamburgo, acostumbrado a la humedad y la dura climatología de su ciudad; mas no así para Schultz, su menudo compinche, nacido en Frankfurt, cuyo tiempo siempre resulta más generoso.

—¡Maldito tiempo, odio Rusia! —se quejó *el Boticario*.

—Tranquilo, enano, seguro que de aquí a un mes el tiempo se pondrá peor... ¡Esta brisa no es nada! —exclamó justo antes de emitir una sonora carcajada.

Tras aguantar unos minutos a la intemperie, *el Boticario*, tiritando, se arrugó junto al bidón. Inspeccionó su presa a toda prisa, con las manos amoratadas, sintiéndolas cada vez más torpes.

—Ya era hora —resopló tras tantear el cadáver.

—Vamos, maldita sea, date prisa, ya casi es la hora del rancho. En un periquete todo esto será un hervidero de fulanos hambrientos —le apremió *el Matarife* al mismo tiempo que escrutaba los alrededores, casi desérticos, donde algunos pares de ojos curioso seaban más de la cuenta a través del temporal.

—Dame un minuto... —bufó *el Boticario* a la vez que manipulaba el cuerpo sin vida del camarada caído en combate.

Segundos después, sonriente como un niño con zapatos nuevos, el saqueador profesional consiguió desprender el abrigo a su antiguo propietario, quien aún permanecía con los ojos abiertos como platos, fijados en el infinito.

—Gracias, camarada, tu abrigo me va al dedillo, ni hecho a medida —suspiró exultante nada más comprobar la idoneidad de la ansiada prenda.

—Venga, agárralo de los pies, hay que volver a depositarlo en el montón con los demás fiambres —urgió *el Matarife*, alterado.

En aquel momento exacto irrumpió un carro tirado por dos caballos famélicos. La esperada cocina de campaña se acercaba a la estación emitiendo su singular traqueteo entre la ventisca.

—Joder, llega el rancho, vámonos de aquí —rabió.

Raudos como un relámpago, ambos llevaron en volandas el cuerpo sin vida del soldado hasta la pila de cadáveres donde originariamente aguardaba su nuevo destino en la Wehrmacht, una plaza de vigía, a varios palmos bajo tierra, para toda la eternidad.

—Vaya... Me lo suponía —suspiró una sombra, con voz familiar, nada más rodear la montonera de soldados muertos durante el reciente asalto a la estación de tren—. Resulta que vosotros dos erais los que estaban jugando con el tipo que me faltaba en la lista de bajas.

—Mierda, menudo susto nos has dado —se alarmó *el Boticario*.

—No se os puede dejar ni un minuto a solas —negó con la cabeza Streicher, su superior, un enérgico capitán apartado del servicio activo tras la última misión suicida llevada a término en Járkov meses atrás; toda una proeza ejecutada por él y sus hombres, cuyo desenlace exitoso no fue una garantía para rehabilitar a los suyos, sacados a rastras de la prisión militar de Torgau.

—Seguro que el puerco de *Patíbulo* se ha chivado... Cuando le eche el guante encima le voy a retorcer el cuello como si fuese un pollo —gruñó *el Matarife*.

—Ese bastardo malnacido... —añadió entre dientes su compinche tras calibrar con la mirada al atlético oficial prusiano.

—Calmaos... ¿Pensáis que soy ciego? Lleváis un buen rato sin dar palo al agua. Esa pila de fiambres tiene que estar empaquetada en camiones esta tarde, me han dado la orden de despejar esta zona para que nuestra logística llegue aquí sin problemas. Ya sabéis lo pesados que pueden llegar a ser los de Intendencia. Cada muerto ocupa una valiosa porción de terreno donde esas cabezas cuadradas pueden depositar unas cuantas cajas de víveres y municiones —dijo de mal humor—. Tenéis una hora para cargarlos en aquellos camiones. Iré a buscar al resto de vuestros compañeros, más vale que os deis prisa si no queréis quedaros sin comer.

—¿Qué? Yo no puedo trabajar con el cuajo vacío —se apresuró a protestar *el Matarife*.

—Me da igual tu opinión, Pfeiffer, he recibido unas órdenes que hay que cumplir, independientemente de si tu estómago está lleno o vacío. Esto también va por ti, Schultz, si trabajas a destajo seguro que entrarás en calor, incluso te sobrá el abrigo —sonrió su superior, con aire cínico, después de otear el horizonte.

—Hay que joderse —gruñó *el Boticario*.

—Deprisa, ahí llegan los de Intendencia. En un abrir y cerrar de ojos descargarán los camiones, luego habrá que empaquetar dentro a esos pobres diablos que tenéis ahí delante —indicó Streicher.

Entre tanto, varios vehículos irrumpieron en las inmediaciones seguidos de algunos carros tirados por caballos, que resoplaban extenuados. La cocina de campaña estaba a punto de repartir decenas de anheladas raciones, austeras, pero comida caliente al menos.

—Recordadlo, hasta que no terminéis, nadie de nuestra sección probará bocado —sentenció Streicher antes de desaparecer a paso ligero.

—La madre que le... —rugió *el Matarife*.

—Te he escuchado, Pfeiffer —advirtió—. No os preocupéis, ahora volveré con los demás para compartir vuestras penalidades.

—Maldito cabrón —rezongó *el Boticario* sin levantar la voz más allá del cuello de su camisa.

Ambos, emplazados junto a la pila de cadáveres, contemplaron como una masa de soldados, con semblantes grises y demacrados, se dirigía hacia los carros que transportaban la cocina de campaña. Sus ojos refulgían ante la posibilidad de llevarse a la boca algo caliente, aunque fuese un rancho insípido acompañado de un líquido oscuro, presuntamente café. ¿A quién le importaba el menú? Aquello era Rusia y hacía un frío de mil demonios. Por fin los manjares prometidos por la Wehrmacht se materializaban en una realidad palpable, una realidad capaz de disipar las ensoñaciones de los hambrientos soldados.

Mientras aquellos hombres ingerían apresurados sus correspondientes raciones bajo el vendaval de hielo y nieve, Streicher, con intención de cumplir su palabra, compareció de nuevo junto a la hedionda montonera de cuerpos sin vida acompañado del resto

de sus subordinados. Así quedó completado el puñado de soldados caídos en desgracia bajo su mando. Todos ellos, ataviados con una amalgama de sucias prendas procedentes de Torgau, mezcladas con otras correspondientes al uniforme reglamentario de la Wehrmacht, despojadas de distintivos y galones, se alinearon frente al oficial.

Los ojos de Streicher recorrieron con silencioso orgullo a sus subordinados. Pese a las inclemencias del tiempo, imparable, el capitán sintió como una capa de nieve se depositaba en silencio sobre sus hombros. Cruzaron miradas cómplices cargadas de resignación. A nadie le agradaba permanecer allí plantado, frente al resultado inerte de un asalto de infantería en forma de pirámide conformada a base de despojos de guerra.

—Hartmann, ¿has traído lo que te he encargado? —preguntó a un imberbe soldado, delgado, rubio, de apenas veinte años, de aspecto frágil, que atendía al apodo de *Apóstol* dada su afición a leer la Biblia; un joven culto y demasiado inteligente como para estar desperdiciando su existencia en medio del caos y la violencia.

—Sí, señor —contestó raudo para, de inmediato, arrojar a sus pies una bolsa de tela de la que salieron despedidos varios ganchos metálicos; la nieve crepitó al recibir el impacto.

—Muy bien. Como podéis observar, he pensado en todos vosotros. Estos ganchos os facilitarán la labor a la hora de cargar fiambres en los camiones —asintió Streicher, brazos en jarra, adoptando una pose que dejaba entrever su complexión musculada, embutida en un uniforme reglamentario despojado de su honor de soldado; así se recompensa a los integrantes de los batallones de castigo dirigidos por Markus von Junge, el cruel y sádico teniente coronel bajo cuyas órdenes llevaba sirviendo en la Wehrmacht desde los comienzos de la guerra—. Siempre cumplo mi palabra caballeros.

—Va a ser pan comido, más fácil que colgar cerdos en la carnicería de Pfeiffer —irrumpió Burgdorf, un atlético exteniente popularmente conocido como *Pilsen* dada su desmesurada afición a la cerveza, habitual de los tugurios más inmundos de toda Alemania y de las peleas que dentro de ellos se desarrollan; fruto de una noche repleta de alcohol, tras sufrir un desengaño amoroso, dio con sus huesos en Torgau por disparar su arma reglamentaria en una sórdi-

da taberna y herir a varios civiles durante una trifulca legendaria.

—Ah, los viejos tiempos... —suspiró el forzado, nostálgico y con la mirada perdida en el horizonte.

Sin mediar palabra, los cinco hombres se pusieron manos a la obra nada más ver llegar un convoy formado por media docena de camiones. Sus respectivos conductores, con caras de pocos amigos, descendieron de los vehículos profiriendo amenazas según urgían al grupo de Streicher para que comenzasen con su macabro trabajo.

—Valientes hijos de perra, me gustaría ver a esos puercos en nuestro pellejo —protestó *el Boticario* que, con ayuda de *Pilsen*, cargaba dentro de un camión el primer cuerpo sin vida de un hombre caído en combate días atrás.

A pocos metros de allí, *el Matarife* y *el Apóstol* hacían lo propio. El segundo no dejaba de recitar pasajes bíblicos a modo de último responso dedicado a cada muerto que pasaba por sus manos camino de una plataforma cada vez más atestada por soldados blancos como la nieve, tiesos, duros cual bloques de hielo. De vez en cuando se escuchaba algún crujido; una extremidad partida se desprendía bajo los restos de los uniformes salpicados de arriba abajo por una escharcha pétrea, tan nívea como el horizonte por donde un incesante temporal no dejaba de azotar aquel paisaje dan-tesco, repleto de cadáveres y aspirantes a serlo.

—Más ímpetu, señores, los he visto con más energía en los cementerios —se mofó el sargento encargado del convoy, dotado de una barriga incipiente, después de pegar una calada al cigarrillo que sostenía en su mano derecha, gruesa y templada, enfundada dentro de un cálido guante reglamentario de lana grisácea.

—Cerdo asqueroso —rabió *el Boticario*, molesto a causa del intenso y desagradable trabajo.

—¿Qué has dicho, enano?

—Lo que has escuchado, bola de manteca —se encaró el astuto saqueador.

—¡Te voy a pisar como a una cucaracha! —exclamó presa de la ira, con el rostro enrojecido.

—¿Tú y cuántos más, saco de mierda? —se revolvió *el Boticario* esgrimiendo su inseparable bayoneta, reluciente, preludio de muerte.

—Mira, un cerdo con ganas de pelea —se mofó *el Matarife* nada más comparecer en el lugar; como siempre, había olido la camorra a varios metros de distancia.

El gigante se plantó junto a su compañero. Golpeó los puños, uno contra otro, con mirada torva. Aquel sonido característico hizo recapacitar al suboficial encargado de la logística. *Pilsen* no tardó en apuntarse a lo que se vaticinaba como una pelea en toda regla, relamiéndose al igual que un lobo tras divisar succulenta presa.

Helmut, así se llamaba aquel sargento, lamentó en ese instante la hora en que había bajado de su camión dejando su fiel MP-40 abandonada en el interior de la cabina. Nunca se había visto inmiscuido en una situación similar, jamás volvería a sucederle, así se lo juró en su fuero interno. También se lo ordenaría a sus hombres. No les volverían a pillar con la guardia baja. ¡Ni por asomo!

—Hoy estamos de suerte, vamos a pasarlo bien después de tanto tiempo —dijo *Pilsen* nada más desabrocharse la guerrera, sin importarle el temporal, le daba igual, sentía la adrenalina hirviéndole dentro de las venas, adoraba saborear aquella sensación.

—¡Ya está bien, hatajo de animales! —irrumpió Streicher en medio del círculo configurado por el sargento de Intendencia y sus hombres, que prestos habían cerrado filas a su alrededor amedrentados por las miradas homicidas que brillaban en los ojos de *Pilsen* y los demás—. ¡Regresad al trabajo antes de que me ponga de mal humor! ¿Queréis quedaros sin rancho?

—Hay que joderse... —se resignó *Pilsen*.

—¡Reanudad vuestras tareas! —insistió Streicher.

—Ahora que esto se animaba... —suspiró *el Matarife*, volviendo sobre sus pasos, sin apartar la mirada del gordinflón que había osado molestar a su compañero de fechorías.

—Ándate con ojo, cerdo, tarde o temprano ajustaremos cuentas —le espetó *el Boticario* tras rozar con su bayoneta el cuello del orondo suboficial, quien sintió la presión del metal asesino en su yugular, que de puro milagro permanecía intacta gracias a la intervención in extremis del oficial a cargo de aquel puñado de salvajes incorregibles.

Sin apenas pestañear, *el Apóstol* contempló atónito el amago de trifulca entre sus compañeros y los soldados de Intendencia. Pe-



se a haber presenciado brutales peleas y sufrido en sus propias carnes el espanto de los combates contra el Ejército Rojo, no terminaba de acostumbrarse a tanta violencia, jamás lo haría; suspiró resignado, ya estaba concienciado. A su juicio, sus camaradas eran el grupo de hombres más despreciables existentes sobre la faz de la tierra, un reducto de casos perdidos al que jamás querría tener en su contra. Resopló aliviado al ver que todo volvía a la normalidad, las tareas habituales desde su llegada de Járkov, carga y descarga de muertos, rusos y alemanes, quienes compartirían idéntico final, una paletada de tierra sobre sus cuerpos destrozados por la guerra.

—Deprisa, es para hoy —arengó Streicher a sus hombres.

—Mierda de clima, no hay quien trabaje así —lamentó *el Boticario*.

—¿Aún te quejas? ¡Si ya tienes abrigo nuevo! —se tronchó de risa *el Matarife* mientras lanzaba, sin inmutarse, un cadáver tras otro en el interior de un camión atestado de muertos que, en apenas cinco minutos, había llenado él mismo, sin ayuda de nadie.

—¡Sí, pero no me ha dado tiempo a abrochármelo! —rugió.

—Vaya dos... —*Pilsen* guiñó un ojo al *Apóstol*, a quien había decidido asistir en su desagradable cometido.

Poco después, los aledaños de la estación quedaron expeditos, limpios de cadáveres; un trabajo impecable a ojos de Streicher.

Helmut y el resto de soldados de Intendencia salieron de allí a toda prisa. Las ruedas de sus camiones patinaron sobre el hielo. Creyeron sentir el aliento de Lucifer en la nuca. No era para menos, aquellos renegados les observaban con miradas aviesas.

